

AGOSTO
1914



LA GUERRA

**HACE 50 AÑOS, LOS PRIMEROS
CAÑONAZOS DERRIBABAN
UN CONCEPTO DEL MUNDO**

Parecía que había estallado una guerra de feris, a la que se podía ir confiado. Todo era una dulce broma, una alegre aventura; la ocasión de vestir un bonito uniforme y conocer países extranjeros. Pero en aquella fiesta surrealista y absurda, tan clamorosamente acogida, iban a morir nueve millones de seres humanos.



A ERA UNA FIESTA

Por
JUAN ALDEBARAN



Bismarck había dicho: «La próxima guerra estallará por una condenada cosa idiota que se producirá en los Balcanes». Pero las anécdotas no originan la historia: la siguen. Estaba prevista una guerra... y, en agosto de 1914, caía asesinado en Sarajevo el archiduque Francisco Fernando. Este fue su pretexto.

EN París, en Berlín, en Londres, la guerra era una fiesta en agosto de 1914. Los jovencitos en «canotiera», con la papeleta de movilización en la mano, bailaban en la plaza de la Concordia y gritaban: «A Berlín!»; pero en Berlín otros jovencitos se manifestaban en la Unter-den-Linden con un grito similar: «Nach Paris!». Las patrióticas madres de Londres inundaban los almacenes y adquirían camisetas «for my soldier boys». Una amplia operación de lavado de cerebro —que entonces se llamaba, menos científicamente, «bourrage de crânes»— trataba de explicar a quienes iban a ser el soldado desconocido que la guerra era una fiesta, que la muerte era impo-

sible. «Cuanto más se perfeccionan las armas, más disminuye el número de muertos y de heridos», escribía «Le Temps» (París, 4 de agosto de 1914) con una frase que hoy nos escalofría, una frase de profeta loco y asesino. No era una novedad. Un mes antes, «L'Illustration» lo explicaba científicamente: «El efecto real de un bombardeo es casi siempre insignificante... En un bombardeo son necesarios de 600 a 12.000 proyectiles de obús para matar un solo hombre, lo cual resulta realmente un poco caro». Morvan Levesque recuerda haber oído decir entonces que «los gases alemanes no hacen daños»; en efecto, en octubre de 1914 un artículo de «L'Echo de Paris», firmado por Marcel Hutin, decía: «Nos soldats se foutent des

gases asphyxiants». Se podía ir confiado a aquella guerra de feria. Todo era una dulce broma, una alegre aventura; la ocasión de vestir un bonito uniforme y conocer gratis países extranjeros...

En el otro lado, en Alemania, el lavado de cerebros se hacía en otro sentido. La guerra era un arte de señores apto para un pueblo de señores, para un «herrenvolk»; un deporte prusiano capaz de dignificar al hombre. El Kronprinz gritaba: «*Alme feste drauf*», «Siempre adelante». El Kaiser aparecía como un brillante dios de la guerra, sobre un caballo blanco y un brillante casco puntiagudo y explicaba que tenía la protección divina: «*Gott mit uns*». Los intelectuales lanzaban al combate a los ilustres antepasados: el manifiesto de «los 93» decía que «el ejército alemán y el pueblo alemán son una misma cosa; Alemania lucha por la herencia de Goethe, de Beethoven y de Kants (uno de los firmantes era Max Plank, que tanta importancia iba a tener después en la física atómica). Gerhaart Hauptmann publicaba su primer poema de guerra: «*Deutschland wollen an Deine Ehr — Nimmermehr*». Si Francia se lanzaba a una fiesta campestre y bonachona, Alemania iba a una fiesta cruel y deportiva, pero enormemente alegre...

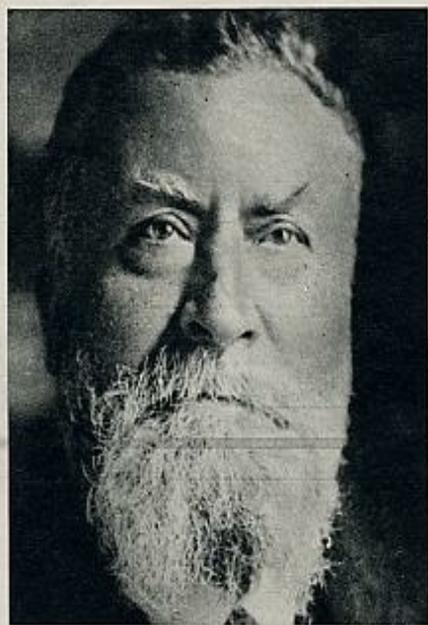
En aquella fiesta surrealista y absurda iban a morir nueve millones de personas. De veinte a veintidós millones llevarían hasta el fin de sus días una herida, una marca. Todavía hace cinco años mi portero de París, en el fondo de su «loges», se ahogaba por las noches porque los burlescos gases de Ypres le habían lesionado para siempre. Me es difícil olvidar aquel ronquido angustioso...

La aventura que comenzó Europa en agosto de 1914, hace ahora cincuenta años, era una simple y pura catástrofe. Algunas personas lo vieron entonces; otras lo pueden medir ahora. Algunas no se han enterado todavía. Hubo entonces un inteligente profeta, sir Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores de la Gran Bretaña: «Las lámparas se están extinguendo en Europa —decía, con voz premonitrice—; no volveremos a verlas brillar en todo el espacio de nuestra vida». Pocas frases han resultado más ciertas en la Historia. Con la guerra del catorce desapareció un concepto de Europa. No ha vuelto más a recuperarse. El escritor especializado Hanson W. Baldwin («*World War I: an outline History*») lo ha definido muy bien. Hasta entonces, Europa tenía un sentido de permanencia, de equilibrio; desde entonces, Europa tendrá un sentido de agonía, de provisionalidad, de cambio continuo. «El mundo que muchos conocían —escribe—, el mundo de la gloria imperial, de las «espléndidas guerras pequeñas», de la libra británica reinando en los mercados, de la Edad de Oro, estaba acabando para siempre y entre el 28 de julio y el 4 de agosto de 1914 sus propios dirigentes estaban pronunciando su sentencia de muerte». Con Edward Grey, otro profeta advertía el desastre: el socialista francés Jean Jaurès. El gran santón del socialismo trató de levantar al pueblo en manifestaciones contra la guerra, trató de lanzar la huelga general; no sólo en Francia, sino también entre los socialistas alemanes, utilizando la unión mundial del proletariado prevista por la Internacional. Jaurès pronunciaba arengas en la calle, trataba de unir en torno suyo a los pacifistas, a los socialistas. El 17 de julio de 1914, el escritor Maurice de Willefite escribía: «En las vísperas de la guerra, el general que ordene a cuatro hombres y un cabo que coloquen junto al paredón al ciudadano Jaurès y le metan en el cuerpo el plomo que le falta en el cerebro, no hará más que cumplir su deber **SIGUE**»

LA GUERRA ERA UNA FIESTA



Los protagonistas: Jorge V y su esposa la reina Mary de Inglaterra; el kaiser Guillermo II de Alemania, y Nicolás II, zar de Rusia. En Alemania se dijo «que iba a decidirse el curso de la historia para cien años». Desde luego, esto fue cierto, pero en un sentido totalmente distinto al empleado por el kaiser con su fórmula.



Jean Jaurès —en el centro—, que trató de levantar al pueblo francés contra la guerra y organizar una huelga general. El 31 de julio, cuando se hallaba en el café Croissant, de París, caía asesinado. A la izquierda, Clemenceau, y, a la derecha, Gavrilo Princip, el asesino del archiduque Francisco Fernando.

más elemental. Sí, y yo le ayudaré.» El ciudadano Jaurès no cesó de predicar la paz. El 31 de julio, Abel Ferry preguntaba a Jaurès qué pensaba hacer. «Continuar nuestra campaña contra la guerra —replicó el patriarca socialista— y denunciarlos a vosotros, ministros de cabeza ligera, aunque me hagan fusilar!» «No podría usted hacerlo —replicó Ferry—: sería usted asesinado en la primera esquina» (Gabriel Olivier, «Le Monde», 31 de julio de 1964). Aquel mismo día, cuando Jaurès estaba en un café —el «Croissant»— con sus amigos, fue asesinado. En aquel momento otra idea terminaba en Europa: la del «socialismo de papá». Hace unos días lo recordaba Etienne Fajon cuando hablaba ante el mismo café «Croissant» de París, para conmemorar el asesinato: «Jaurès quería establecer una síntesis imposible entre el idealismo filosófico y el materialismo dialéctico de Marx. Sus conceptos políticos estaban impregnados de reformismo. En las luchas de los demócratas contra la reacción, su táctica tenía el defecto

de transformar el proletariado en una fuerza de apoyo de la burguesía liberal.» En aquel mismo momento se derrumbaba el socialismo alemán, que había intentado también el pacifismo y la lucha contra la guerra. Los socialistas obedecieron la consigna que lanzaba el Kaiser, «pálido y fatigado», desde el balcón de palacio: «Ya no hay partidos: yo no conozco más que alemanes.» Los socialistas justificaron su actitud con la tesis de la «guerra forzada»: puesto que la guerra es inevitable, no hay más salida que combatir en ella. Un periodista español que fue testigo de aquellas jornadas —el socialista Álvarez del Vayo— escribe: «La expresión de "guerra forzada" justificaba una de las peores traiciones socialistas.» En el Parlamento, el jefe de la minoría socialista leyó su declaración, que decía así: «Nos encontramos ante el hecho cumplido de la guerra. Los horrores de la invasión extranjera están a nuestras puertas. No podemos elegir entre la guerra y la paz, sino que tenemos el deber

de defender nuestra independencia cultural. En caso de victoria del gobierno despótico zarista, muchas de las cosas que nos son esenciales estarían en peligro. En el momento del peligro, no abandonaremos nuestra madre patria.» Era el acta de defunción del socialismo antiguo. En Rusia, los socialistas siguieron otro camino, mantuvieron el pacifismo a ultranza: fue el origen de la sociedad comunista.

«El mundo de la Edad de Oro murió con los cañones de agosto, y el poder y el prestigio del Viejo Mundo cedió su plaza al Nuevo Mundo», escribe Baldwin. El historiador militar señala así la catástrofe de Europa: es decir, la entrada en el escenario de los Estados Unidos, según unos, para precipitar el final de una guerra indecisa en favor de sus aliados; según otros, para aprovecharse en los últimos momentos, y a poco precio, de la victoria inminente. (Los Estados Unidos contaron en aquella guerra 116.516 muertos; Francia, 1.357.800; el Imperio británico,

908.371; Rusia, 1.700.000; Italia, 650.000... Las cifras proceden del Departamento de Defensa de los Estados Unidos y están publicadas en el «Information Please», de 1959.) El hecho es que en aquel momento comenzó la colonización americana de Europa, el regreso a Europa de la civilización capitalista e imperialista importada al continente americano. Las dos creaciones de Europa —el socialismo marxista y el capitalismo imperialista— se radicalizaron sobre la propia tierra del continente, y en esa era estamos. La segunda guerra mundial no fue más que un episodio de la descomposición entre europeos «antiguos», una consecuencia del saldo mal hecho de la guerra anterior. Y su final una nueva consagración de la ruptura en dos bandos: el comunista y el capitalista. La primera guerra mundial se propuso en agosto de 1914 unos objetivos y consiguió otros. Desde el mundo de los aliados se planteó una defensa de la democracia, y la democracia no ha vuelto jamás a Europa desde aquellas fechas. Quiso estabilizar la economía europea y produjo la inflación y la depresión subsiguiente en la posguerra. Quiso ser la última guerra —*la der des der*—, decían en su apócope argótico los parisenses— y originó una serie de guerras. En Alemania se dijo que decidiría «el curso de la historia durante los siguientes cien años». Fue cierto, pero en un sentido totalmente distinto al que empleó el Kaiser con su fórmula.

¿Por qué empezó la guerra? Todos los libros de historia, todos los manuales, se refieren a una anécdota triste: el asesinato del archiduque Francisco Fernando en la ciudad de Sarajevo, Servia. Bárbara Tuchman, autora del más reciente libro sobre aquella guerra (*«Aout 1914»*, Presses de la Cité, Paris, 1964), cita una frase de Bismarck: «La próxima guerra estallará por una condenada cosa idiota que se producirá en los Balcanes.» Esta frase parece **SIGUE**



El lugar donde Princip mató al archiduque, en la ciudad de Sarajevo. Y abajo, un aspecto del asalto de la multitud moscovita al palacio del zar, en Moscú. La guerra abrió en Rusia el camino del Poder a los bolcheviques. Precisamente en agosto de 1914 se marcó el comienzo justo de la época que actualmente vivimos.





Dos de agosto de 1914. Una inmensa multitud se congregaba ante la estación del Este, de París, para contemplar la partida hacia el frente de los primeros movilizados. La aventura guerrera que entonces comenzaba era una pura y simple catástrofe. El mundo de «la edad de oro» se estaba acabando para siempre.

Francia acaba de conmemorar el comienzo de la guerra europea, bajo el patrocinio del Presidente De Gaulle. Para Francia, la contienda fue una catástrofe. Sin embar-



LA GUERRA ERA UNA FIESTA

darnos la razón a quienes creemos que las anécdotas no producen la historia, sino que la siguen. Estaba prevista una guerra: bastaba un pretexto para provocarla, y ese pretexto podía suceder fácilmente en lo que se llamaba «el avispero de los Balcanes». Los autores del crimen actuaron por dos motivos distintos. El complot estaba organizado por dos sociedades, según explica el profesor Vladimir Dedijer, de la Universidad de Harvard. Una de ellas era puramente anarquista y tenía su sede en Bosnia: creía en el terror como acto de purificación y libertad. En una palabra, era anarquista. La otra era la llamada «Unificación o muerte», dirigida por el coronel Dragutin Dimitrijevic-Apis en Belgrado, y se proponía la creación de un Estado serbio que agrupase a todos los eslavos del sur (con el tiempo, ésta es la única aspiración de la preguerra europea que se ha cumplido: ese Estado se llama Yugoslavia y en él viven aún dos de los conspiradores, Popovic y Cibrilovic, uno como conservador de museo y el otro como profesor de Universidad). El asesinato de Francisco Fernando era un asunto puramente local. Sirvió al Imperio de Austria Hungría para lanzarse a la anexión de Servia; a Alemania, para respaldar a sus primos austro-húngaros; a Rusia, para querer contener la expansión de sus rivales; a Francia, para verse envuelta en la red de sus alianzas, y a Gran Bretaña, para cumplir sus acuerdos con Francia. La guerra estaba en el aire y el incidente local sirvió de pretexto: no puede confundirse con una causa, con lo que los antiguos tratadistas llamaban un «casus belli». ¿Quién era el culpable? Versalles castigó a Alemania. La cosa no es tan simple. Versalles castigó a Alemania porque la guerra la ganaron los aliados. Un historiador aliado, Fay, cree que «Alemania no preparó una guerra europea, sino que fue víctima de su alianza con Austria y de su propia locura». Busca más responsabilidades: Rusia, con su peligroso juego balcánico y su apresurada movilización; Francia, que instó a Rusia a que mantuviese una posición de fuerza; Austria y Servia, que

fueron «recalcitrantes» en sus puntos de vista; hasta Gran Bretaña, que con sus dudas sobre si declararse en favor de Francia o permanecer neutral dio esperanzas a Alemania y aumentó sus posibilidades... Otro historiador aliado, Baldwin —antes citado—, da otra versión: «Las causas fundamentales de la primera guerra mundial no estaban en la política ni los tratados, la alianza o la economía, la decadencia del orden antiguo y de las tradiciones, y la aparición de nuevas ideas: el cataclismo surgió, como surgen todas las guerras, de la naturaleza del hombre.» Esta es una versión pesimista del asunto que yo, personalmente, no admito: no creo en la naturaleza guerrera del hombre. El historiador soviético G. Déborine («La deuxième guerre mondiale, Editions en langues étrangères, Moscú») lo explica así: «La primera guerra mundial no fue un accidente. Fue el resultado del desarrollo de las profundas contradicciones del capitalismo y de sus propiedades inherentes al estadio del imperialismo.» «De las propiedades mismas del capitalismo se desprende la tendencia de la burguesía a exportar los capitales y a luchar por los mercados exteriores al no encontrar compradores solventes en el interior del país; a la apropiación de fuentes de materias primas y de nuevas colonias; a la eliminación de competidores en los mercados mundiales, y por la dominación mundial (...). La primera guerra mundial fue engendrada por el conflicto entre los países capitalistas avanzados en su desarrollo, Alemania en primer lugar, que aspiraban a conquistar las posiciones mundiales conseguidas por Inglaterra y por Francia, y por estas dos grandes potencias, ya retrasadas en su desarrollo y que buscaban la forma de ahogar a sus competidores.» A la luz de este determinismo histórico parece inútil el juego de ucronía —la ciencia falsa que consiste en suponer lo que habría sucedido en el mundo si se eliminan ciertos acontecimientos que parecen desencadenadores— de los partidarios de la anécdota: «Si no hubiese sido asesinado el archiduque... Si Rusia no hubiera movilizado... Si

los socialistas alemanes no hubieran flaqueado...» Todas estas causas concomitantes estaban inscritas en el contexto de la época.

Así, agosto del 14 marcó hace cincuenta años la época en que estamos viviendo. Es sorprendente asistir a la conmemoración patriótica de aquella fecha hecha por Francia, patrocinada y sostenida con su asistencia por el general De Gaulle. Para Francia, aquella guerra fue una catástrofe, ¿cómo puede convertirse en una nueva fiesta? De Gaulle ha concentrado a sus fieles, ha vestido a sus soldados con el uniforme «bleu horizon» de la época y, así disfrazados, los ha hecho desfilar ante él en las puertas de la estación del Este, aquella misma trágica estación por la que los jóvenes soldados se fueron «A Berlín!»: Un millón cuatrocientos mil no volverían jamás, y jamás volvió la hegemonía para Francia en Europa, por mucha intención de «aristorgimento» que ponga el Presidente-General. A la luz de la historia su voz sonaba a hueco. «El 2 de agosto de 1914, día de la movilización, el pueblo francés entero se puso de pie en su unidad: esto no había ocurrido nunca.» Costosa unidad, que dividió el país para siempre. De Gaulle tiene de aquella guerra un recuerdo mitigado. Herido en los primeros días de la contienda, fue un herido-prisionero que gozó de un cierto trato caballeresco que aún imperaba (es la época que Jean Renoir quiso retratar en «La grande illusion»). En el fondo, este aniversario ha servido a De Gaulle para recordar sus más queridas teorías: hay que estar siempre preparado para la guerra, hay que tener «armas disuasivas» —condenado eufemismo—, hay que pensar que los accidentes pueden suceder de nuevo.

Pero la gran enseñanza de la guerra del 14, la lección de aquel mes de agosto que cambió el sentido de la civilización europea, es, precisamente, la de la inutilidad de las guerras, la de que las guerras son siempre una catástrofe, incluso para quienes las ganan.

(Fotos CIFRA, KEYSTONE y PRERA)

J. A.

go, De Gaulle ha vestido a sus soldados con el uniforme «bleu horizon» y, de esta forma, los ha hecho desfilar ante la entonces trágica estación del Este.

